

Editorial

La publicación del presente número de la Revista de la Escuela de Antropología en contexto de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, representa, sin dudas, un hecho altamente significativo por varias razones.

En primer lugar, expresa y refleja la incansable labor de su directora y su equipo editor, quienes coinciden en la importancia que asume la publicación científica, más allá de cualquier circunstancia. No se trata de una coincidencia formulada a modo de declamación, sino más bien de una práctica, una práctica orientada a sostener la posibilidad misma de encontrar lugares para pensar y debatir colectivamente aún en un contexto de trabajo domiciliario, donde los compromisos académicos se superponen con otro tipo de quehaceres.

En segundo lugar, en esa actitud -compartida con el conjunto de autores y autoras- se expresa un rol fundamental, que trasciende lo estrictamente editorial. El mismo está vinculado al sostenimiento de la *estructura social* que la Escuela representa a partir de que, a pesar de las condiciones, publicar este número de la Revista no hace más que recrear y resignificar, en la distancia, la *compleja red de relaciones* que nos da existencia real como colectivo. En esa actitud queda claramente graficado que el aislamiento no implica desconexión, no implica cancelación del debate y que, en la misma producción científica, podemos observar cómo se renuevan lazos, diálogos y comunicaciones en el seno de la comunidad académica.

En ese sentido, el equipo editor y quienes publican en este número, han sabido reconocer la centralidad de la producción científica en este contexto y no resulta casual que los mismos se inscriban dentro de una tradición de pensamiento, investigación y análisis que es distintiva de nuestra Escuela, como lo es la Etnolingüística. En efecto, entre los rasgos que distinguen y

sostienen los modos de hacer antropología en la ciudad de Rosario, sin dudas que destaca la formación en Etnolingüística, que se constituye como una larga tradición inaugurada por Germán Fernández Güizzetti y continuada por Margot Bigot, Maricel Stroppa, María del Rosario Fernández y Rodolfo Hachen, entre otros. El resultado de la insistencia en pensar las relaciones existentes entre lenguas, etnias, culturas y concepciones del mundo, se expresa hoy en un conjunto de trabajos que transitan este campo con la consistencia que le brindan años de investigación y refinamiento teórico.

En resumen, la publicación de este número representa un hecho altamente significativo para nuestra Escuela puesto que tiene la virtud de promover y asumir la producción científica en un contexto que nos interpela abiertamente. Sostengo que nos interpela abiertamente como antropólogos y antropólogas en tanto, entiendo, se trata de un contexto que nos posiciona en un orden de problemas en el cual solemos movernos al momento de hacer antropología: nos referimos a un fenómeno que combina en un único proceso la expansión de un virus, el covid 19, y la respuesta social organizada al mismo, los cuales parecen irse configurando como dos aspectos separados, el estrictamente biológico por un lado y el social o cultural, por el otro. De hecho, los medios y analistas suelen observar su desarrollo como dos dinámicas diferentes, por un lado, la expansión biológica del virus en tanto fenómeno adjudicado al orden de lo natural o, en todo caso, independiente de los sujetos, mientras que por otro se estudian las diversas respuestas sociales, generalmente centradas en las políticas que, desde el plano del estado principalmente, se ensayan frente a la expansión del contagio.

Ante esta mirada, si repasamos los antecedentes producidos en el campo de la antropología en cada una de sus orientaciones, estaríamos en condiciones de detenernos en señalar, por lo menos, la dificultad de pensar en forma escindida cada uno de estos planos. La literatura antropológica, desde su misma conformación como campo de conocimiento, ha abundado en análisis que no escinden la experiencia humana en facetas u órdenes diferentes. Desde los evolucionistas que defendían una concepción del hombre como especie animal, pasando por Malinowsky y su teoría de la cultura vinculada a la naturaleza, pero principalmente recogiendo los aportes de la Bioantropología, que hace de la articulación entre la biología y la cultura el nicho desde donde pensar algunas de las formas de la variabilidad de las poblaciones humanas. Así resulta que, en mayor o menor medida, en todos los campos de producción científica identificados con la disciplina, se ha buscado sostener una visión que, aunque con matices, integra las “realidades” de la vida humana.

Quizás en este aspecto podamos reconocer una matriz disciplinar que nos distingue y que representa una plataforma desde donde pensar aportes para comprender el contexto actual,

sobre todo destacando las imbricaciones entre las posibilidades de expansión del virus y las matrices sociales y económicas de nuestros pueblos, donde aparecen como factor determinante las desigualdades e inequidades, pero también las diferentes estrategias de supervivencia y el grado de desarrollo del conflicto social. El conflicto, bajo sus formas actuales, reactualiza la lucha entre formas de entender el mundo y la sociedad, una centrada en el “sálvese quien pueda”, en el lucro, en la ganancia a toda costa, en la revitalización de la *supervivencia del más apto* en peligrosas versiones vernáculas y por el otro, quienes, con todas sus diferencias, defienden y proyectan un *mundo donde quepan todos los mundos*, diverso e igualitario, con la bandera de los derechos humanos como baluarte indeclinable. En este último grupo estaban (y están) nuestras queridas colegas docentes recientemente fallecidas Mirtha Taborda y Marcela López Machado y nuestro entrañable compañero Pepe Ciotta. Para ellxs el recuerdo de todas y todos quienes compartieron sus trayectorias en esta escuela, y su compromiso como imagen para proyectar un mundo mejor.

Dr. Nicolás Barrera
Director de la Escuela de Antropología